

MEGAN
MAXWELL

*El día que
el cielo se caiga*



*El día que el cielo
se caiga*

*El día que el cielo
se caiga*

Megan Maxwell

*Para mi tío Fernando.
Porque la sangre te hace pariente, pero sólo la lealtad y
el amor te convierten en familia.*

*Y, por supuesto, para mis Guerreras y Guerreros,
porque, al igual que yo, seguro que, por desgracia, en
algún momento también han sufrido la pérdida de un ser
querido. Sólo espero que, cuando lean esta novela, cierren
los ojos, piensen en esa persona y que su magia los haga
sonreír. A mí me funciona. ¿Y a ustedes?
Mil besotes,*

MEGAN

Prólogo



Madrid, un día cualquiera del año 1970

—Corre, mamá..., corre.

—Ten cuidado, cariño, o te caerás —dijo Teresa.

Ver a su hija Alba disfrazada de monito tras salir del colegio corriendo hacia el portal de su casa la hizo sonreír.

En cuanto llegaron, la niña se paró al ver un gran camión del que sacaban unos colchones y una amplia mesa. Una vez los metieron en el portal, la cría miró a su madre y preguntó:

—¿Por qué hacen eso, mamá?

Teresa observó el vehículo y, con una triste sonrisa por lo que intuyó que aquello significaba, murmuró:

—Algún vecino trae muebles a su casa.

Alba miró de nuevo el camión e insistió curiosa:

—Y ¿qué vecino es?

Teresa, que sabía muy bien de qué vecino se trataba, respondió sin querer entrar en ello:

—No lo sé, cariño. Venga, anda, vamos arriba, que la abuela y papá nos estarán esperando para comer.

Alba decidió dar el tema por zanjado. Entró en el portal y como los de la mudanza estaban utilizando el ascensor decidió correr escaleras arriba. Cuando llegó al descansillo de la segunda planta, vio la puerta de la casa de la señora Remedios abierta de par en par. Los señores de la mudanza estaban metiendo allí los muebles.

Al llegar junto a su hija, Teresa evitó pararse indiscretamente en el descansillo y, con cariño, mientras seguía subiendo hasta el tercero, le dijo:

—Venga, Alba, continúa.

—Voy, mamá.

Sin poder apartar la vista de la puerta de la señora Remedios, Alba seguía mirando con curiosidad, hasta que un niño de su edad, moreno y con los ojos verdes y enrojecidos, apareció y la saludó.

—Hola.

Ella parpadeó. ¿Quién era ese niño y por qué estaba en casa de su vecina? Pero, antes de que pudiera preguntar, él extendió la mano y dijo:

—¿Quieres una chocolatina?

La niña miró su mano y se apresuró a responder:

—No me gustan.

—¿No te gusta el chocolate? —susurró él sorprendido.

—No.

Durante unos segundos, ambos se miraron, hasta que él preguntó:

—¿De qué vas vestida?

Sin quitarle los ojos de encima, la cría recordó el disfraz que llevaba puesto y que le habían hecho su madre y su abuela.

—De monito —contestó.

—¿De monito?!

Ella asintió al ver cómo la miraba.

—Hoy hemos hecho en el cole la obra de teatro de la selva y yo era un monito —indicó.

El muchachito sonrió y, tras repasar cada milímetro de aquel disfraz con curiosidad, preguntó mordiendo un trozo de chocolatina:

—¿Cuántos años tienes?

—Siete. ¿Y tú?

—Siete también. —Luego, después de tragar lo que tenía en la boca, añadió—: Me llamo Nacho y voy a vivir aquí.

Eso llamó más aún la atención de la niña.

—¿Vas a vivir con Remedios?

—Sí. Es mi yaya —afirmó él.

—¿Es tu yaya?

El niño volvió a asentir con la cabeza. Ella sonrió, se encogió de hombros y dijo:

—Yo soy Alba y vivo en el piso de arriba con mis papis y mi abuela.

Una triste sonrisa cruzó entonces el rostro del niño.

—Yo viviré aquí con mis hermanos Luis y Lena y con la yaya Remedios. Es la mamá de mi mami.

—¿Y tus papis?

Nacho miró al suelo con tristeza. Meneó la cabeza y murmuró:

—Se han muerto.

A Alba la impresionó mucho saber aquello.

A su corta edad, la muerte era un gran enigma, algo que sabía que existía pero de lo que nunca se hablaba en casa. Mientras observaba al muchacho, se disponía a decir algo cuando su madre la llamó desde el descansillo de arriba.

—¡Alba, sube, que vamos a comer!

—Voy, mamá —respondió, y luego añadió mirando al niño—: Vivo arriba. Cuando quieras, puedes subir y jugaremos, ¿vale?

El crío asintió y, tras dar otro bocado a su chocolatina, afirmó:

—Se lo diré a la yaya.

Alba sonrió y comenzó a subir rápidamente la escalera, no sin antes echar una última ojeada al muchacho de los ojos enrojecidos, que la contemplaba con tristeza.

Aquella tarde, sobre las cinco, sonó el timbre de la puerta de la familia Suárez. La abuela fue a abrir y, al ver a su vecina, rápidamente la abrazó. Sin hablar, se lo dijeron todo y, cuando se separaron, Remedios, que era una viuda con carácter, miró a su vecina y empezó a decir:

—Blanca, éste es mi nieto Nacho. Dice que Alba lo ha invitado a subir para jugar con ella.

—Pasa, Remedios, por Dios. —Y, mirando al crío, saludó—: Hola, Nacho, encantada de conocerte, mi vida. —En ese instante, su nieta apareció por el pasillo—. Mira, Alba, Nacho ha venido a jugar contigo. Vamos, vayan al comedor y jueguen a lo que quieran.

Sin tiempo que perder, los dos niños corrieron hacia allí. Cuando las mujeres se quedaron a solas, Blanca preguntó:

—¿Dónde están los otros dos niños?

—En casa. Lena está dormida y Luis se ha quedado con ella.

Ambas se miraron. Eran vecinas desde hacía más de treinta años.

—Reme, ¿cómo estás? —preguntó Blanca.

Remedios, angustiada e impactada aún por lo ocurrido, meneó la cabeza y, cuando la barbilla comenzó a temblarle, Blanca la abrazó. Luego cerró la puerta de la calle y ambas se dirigieron a la cocina.

A salvo de las miradas indiscretas de los niños, Remedios se sentó en una de las sillas mientras sollozaba con un pañuelo en la mano. Blanca intentaba tranquilizarla en el momento en que Teresa entró en la cocina y, al verla, murmuró:

—Lo siento, Remedios.

—Lo sé, hija..., lo sé —afirmó la aludida, con pena.

Teresa se sentó junto a su vecina, aquella mujer tan cariñosa que siempre la había querido tanto como su propia madre, y la tomó de la mano.

—Pero ¿cómo no nos lo dijiste antes? —preguntó—. Podríamos haberte acompañado a...

—No lo sé, hija. Sólo sé que, cuando me avisaron, agarré el bolso y me fui para Salamanca en el primer autobús. Ay, Teresa, mi Amelia... mi Amelia...

Los lloros comenzaron de nuevo.

Blanca miró a su hija.

—Tere —le pidió—, dame un saquito de tilo del armarito.

Remedios intentó tranquilizarse dándose aire con la mano. Sabía que no debía llorar. Sabía que debía contenerse porque nada se podía hacer y, tragándose las lágrimas, dijo:

—No se preocupen, estoy bien, estoy bien.

—No digas tonterías, Reme —protestó Blanca—. No estás bien.

Como necesitaba hablar, la vecina les contó cuanto sabía de lo que les había ocurrido a su hija Amelia y a su yerno. Al parecer, cuando regresaban de vender su mercancía en un pueblo de Salamanca, un camión se saltó un *stop*, los arrolló y ambos murieron en el acto.

—Qué terrible, Remedios, lo siento muchísimo —musitó Teresa pálida.

Amelia había sido su amiga toda la vida. Juntas habían ido al colegio, y juntas estuvieron hasta que Amelia, en una excursión con el colegio a Salamanca, conoció a Pepe, un joven vendedor ambulante moreno y de ojos verdes del que se enamoró. Cuando cumplió dieciocho años, se fugó de casa, se casó con él y ya no regresó a Madrid.

Una vez superado el disgusto de lo que su hija había hecho por amor, Remedios viajaba un par de veces al mes a Salamanca para verla a ella y a sus nietos, a los que adoraba.

Mientras las mujeres hablaban en la cocina, José, el padre de Alba, leía sentado en una de las butacas del comedor. Quedaba una hora para que se marchara a trabajar a su puesto de fruta del mercado de Puerta Bonita, en Madrid.

Con curiosidad, observó a Nacho. Sabía quién era: su mujer y

su suegra se lo habían contado. Sin decir nada, observó cómo su hija y aquel niño miraban unos juegos y cuchicheaban, hasta que Alba, plantándose ante él, dijo:

—Papi, él es Nacho, mi nuevo amigo.

José dejó el libro que tenía en las manos, contempló al muchachillo y lo saludó tendiéndole la mano.

—Hola, Nacho, encantado de conocerte.

El chico se apresuró a estrechársela.

—Hola, señor.

José sonrió y, antes de que pudiera decir nada, su hija soltó:

—Papi, los papás de Nacho se han muerto. ¿Por qué?

A José se le pusieron los pelos de punta al oír aquello. Intentar explicarles qué era la muerte a dos niños de tan corta edad era, como poco, misión imposible y, como pudo, le dijo al muchachito:

—Siento mucho lo de tus padres, Nacho. Por lo que sé, tú y tus hermanos se vienen a vivir aquí, ¿verdad?

—Sí, con la tía.

José le tocó la cabeza con cariño.

—Cualquier cosa que necesites, no dudes en decírmelo. Tu abuela Remedios es como de la familia, y ahora tú también lo serás, ¿de acuerdo?

Nacho asintió, y entonces Alba volvió a preguntar:

—Papi, ahora que Nacho no tiene papá, ¿podrías serlo tú?

Sorprendido, José contempló a su hija y luego al muchacho, que no le quitaba ojo, y, al ver aquella mirada desangelada, respondió como pudo mientras se levantaba:

—Nacho siempre va a tener a su papá pero, sin lugar a dudas, yo también estaré aquí para todo lo que él necesite.

Alba sonrió y, mirando al niño, que los observaba muy serio, mientras su padre salía del comedor, cuchicheó:

—¿Lo ves? Ya te he dicho que mi papá sí querría.

Cuando José entró en la cocina, las mujeres estaban tomándose un té de tilo. José miró a su querida vecina, se acercó a ella y, abrazándola, murmuró:

—Lo siento mucho, Remedios. Siento mucho lo de tu hija y tu yerno. Ya sabes que estamos aquí para lo que necesites.

La mujer asintió. Aquella familia era todo cuanto tenía.

—Gracias, José —afirmó—. Lo sé, hijo..., lo sé. Muchas gracias.

José, un hombre parco en palabras pero cariñoso y afectuoso, miró a su mujer antes de salir de la cocina.

—Me voy a trabajar —dijo—. Los niños están en el comedor.

Cuando las tres mujeres se quedaron solas de nuevo, Remedios volvió a desmoronarse.

—Dios mío, todavía no puedo creer que mi Amelia y Pepe nunca van a volver. Nunca.

—Tranquilízate, Reme. —Blanca la abrazó con cariño mientras miraba a su apenada hija.

Durante un buen rato, las tres lloraron en la cocina. Era muy triste, una desgracia que, cuando golpeaba a una familia, la destrozaba. Sin embargo, a pesar del dolor que sentía, Remedios se secó las lágrimas y murmuró:

—Ahora tengo que luchar para sacar adelante a mis nietos. Pobrecitos, tan pequeños y ya huérfanos. He de encontrar otro trabajo para las tardes. Con lo que gano en el de las mañanas no me da. ¿Qué voy a hacer?

—Tranquila, Remedios, tranquila —afirmó Teresa—. Le hablaré de ti a mi encargado. Donde trabajo siempre necesitan asis- tentas por horas, ¿te parece bien?

—Hija, te lo agradeceré toda mi vida.

Teresa sonrió con tristeza.

—¿Qué edades me dijiste que tienen los niños? —preguntó Blanca.

—Luis tiene once; Nacho, siete, como Alba, y Lena, cuatro añitos. Son tan pequeños..., tan pequeños que... que... Oh, Dios mío..., ¿por qué siempre se marchan los buenos? ¿Por qué? ¿Por qué han tenido que morir mi niña y su marido en vez de un maldito asesino o un violador?

Responder a esa pregunta no era fácil, y Blanca, que era muy creyente, viendo la desesperación de su buena y entrañable vecina, contestó:

—Nadie puede darte una respuesta a eso, pero sin duda tu hija y tu yerno estarán en el cielo, y algún día se...

—Pues espero que algún día el cielo se caiga para poder reunirme con ella —la cortó Remedios, que no era muy religiosa.

Blanca y su hija no la dejaron continuar, y abrazaron a aquella mujer a la que tanto querían y apreciaban, sin darse cuenta de que, tras la puerta de la cocina, había dos pares de ojos curiosos que las observaban con intriga.

—¿El cielo se puede caer? —preguntó Alba sorprendida.

Nacho no respondió; sólo miraba a su abuela.

—No lo sé —contestó él finalmente.

Durante unos minutos observaron a las mujeres llorar, hasta que Alba preguntó de nuevo:

—¿Tú has llorado, Nacho?

—Sólo un poco.

Al oírle decir aquello, la niña pensó que, si el caso fuera al contrario, ella lloraría mucho, y volvió a preguntar:

—¿Por qué sólo un poco?

—Porque tenía que cuidar de Lena, y Luis lloraba. Yo no podía.

—Y ¿por qué no podías?

Semiocultos por la puerta, Nacho suspiró y respondió resignado:

—Porque mamá siempre dice que los hombres no lloran y que hay que cuidar de Lena. Ella es la pequeña.

—Pero tu hermano ha llorado.

Nacho asintió. No le gustaba recordar a su hermano Luis en aquel estado. Prefería olvidarlo, por lo que, mirando de nuevo a su abuela, dijo:

—La yaya me mintió. Dijo que papá y mamá siempre estarían conmigo.

—Quizá se equivocó...

Entonces, sin pensarlo dos veces, Nacho empujó la puerta de la cocina, que se abrió de par en par. Las mujeres volvieron la cabeza de golpe y vieron a los niños. Secándose rápidamente las lágrimas que le corrían por las mejillas, Blanca se apresuró a ponerse delante de Reme para que los chiquillos no la vieran.

—Pero ¿ustedes no estaban jugando? —preguntó.

—Yaya —dijo Nacho acercándose a ella—. ¿Por qué dices que papá y mamá no volverán? Me dijiste que siempre estarían conmigo. ¿Por qué mientes?

La mujer observó a su nieto, al que adoraba, y, secándose las lágrimas, murmuró:

—Nacho, mi vida... —Sin embargo, el dolor que sentía era tan grande que dos segundos después los sollozos le impidieron proseguir.

Teresa, que todavía estaba asimilando la noticia de la muerte de su amiga, contempló a los niños y supo que tenía que ser ella la que hablara. Ni su madre ni la pobre Remedios podían hacerlo. Tragándose el nudo de emociones, miró al crío y, mientras le tomaba las manos heladas, dijo:

—Nacho, tu yaya no te ha mentado, cariño.

El crío parpadeó.

—Escucha, mi vida —prosiguió Teresa—, cuando mi abuela murió, mi madre me dijo que, siempre que la echara de menos, tenía que cerrar los ojos, recordarla, y ella, con su magia, me haría

saber que estaba a mi lado y me haría sonreír. Y te aseguro que funciona. Lo hago y, sin proponérmelo, sonrío y sé que está conmigo aunque no la vea.

Sin dudarlo, el crío cerró los ojos con fuerza. Pensó en sus padres e, inconscientemente, sonrió.

Cuando los abrió de nuevo, Teresa, que lo miraba con atención, le apretó la mano y murmuró:

—¿Has visto cómo es cierto? Tus papás están a tu lado aunque no los veas. Ellos, con su magia, han conseguido que sonrías.

Nacho asintió. Era cierto: había sonreído.

—Mi mamá es muy lista —afirmó la pequeña Alba con admiración.

Teresa sonrió enternecida por los dos pequeños.

—Pero la yaya dijo que... —insistió Nacho.

—Intuyo lo que dijo tu yaya, tesoro —lo cortó Teresa tras mirar a su hija, que los observaba—. Eres muy pequeño, demasiado pequeño para entender ciertas cosas de la vida. —El crío hizo un puchero, y Teresa, conmovida, murmuró abrazándolo con amor—: Cariño, da tiempo al tiempo para entender mis palabras y quiere mucho a tu yaya porque se van a necesitar.

Nacho asintió conteniendo las lágrimas. Siempre había adorado a aquella mujer que, a menos de un metro de él, hacía esfuerzos por no derrumbarse otra vez.

—Tu madre y yo éramos amigas desde pequeñas —dijo entonces Teresa—, y aunque los últimos años, por lejanía, no nos vimos todo lo que quisimos, te aseguro que se sentirá feliz sabiendo que yo voy a estar a tu lado para todo lo que necesites.

—Mami, papi ha dicho que, aunque Nacho siempre va a tener a su papá, él también lo va a ser.

El comentario de Alba hizo que las tres mujeres se quedaran sin palabras, cuando la niña, con inocencia, añadió: